

otro la Sajonia.—Nada vislumbra Inglaterra de este proyecto; Austria lo descubre, más enmudece con la esperanza de desbaratarlo sin romper la union europea.—Ventajas que esta situación ofrecería á Francia si llegaba libre de compromisos á Viena, y sin firmar el tratado de 30 de mayo.—Libertad dejada á Mr. de Talleyrand para obrar á su gusto.—No le impone el rey más que una obligación, la de expusar á Murat del trono de Nápoles.—Partida de Mr. de Talleyrand, asistido por el duque de Dalberg.—Su impaciencia de representar un gran papel, y su propósito deliberado de fundar su política en Viena sobre el principio de la legitimidad.—Entrada solemne de los soberanos aliados en la capital de Austria.—Magnífica y dispendiosa hospitalidad que en el palacio de Schönbrunn les ofrece el emperador Francisco.—A las claras muy luego las pretensiones de Prusia y de Rusia en cuanto á Sajonia y Polonia, se hacen asunto de todas las conferencias.—Sublevacion de los principes alemanes contra estas pretensiones.—Apuros de Inglaterra y de Austria, muy inquietas por el mantenimiento de la alianza de Chaumont.—Cuanto más amenazada está su union, más aparentan creer en ella, y se prometen sustentarla.—Acuerdo secreto de Austria, de Inglaterra, de Rusia y de Prusia para dirigir los negocios, y no asociar á las demas potencias sino por mera forma.—Conocido al punto el tal acuerdo, lo toman las potencias de segundo orden por nuevo agravio, temerosas de que el excluirlas sea un medio para sacrificarlas.—Irritada la legacion francesa no se limita á protestar contra semejante proyecto de exclusion, sino que al golpe se pone de parte de Sajonia contra las miras de Prusia y de Rusia.—Prusia se venga con divulgar que Francia trata de coger nuevamente la frontera del Rin.—Protestas de desinterés á que la legacion francesa se ve reducida para corregir el efecto de su conducta precipitada.—Enojo de Alejandro particularmente dirigido contra Mr. de Talleyrand.—Entrevista de este emperador con el plenipotenciario francés.—Despues de perder algunas semanas en parlamentos y amargas recriminaciones, se alza un clamor general para reclamar la convocacion del congreso.—Conociendo los cuatro, esto es, Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia, el peligro de una reunion general é inmediata, proponen el término de un mes, lo cual dilata el congreso hasta el dia 1.º de noviembre, socolor de tomarse tiempo á fin de madurar bien las cuestiones.—Mr. de Talleyrand se coloca á la cabeza de los que se oponen á este desigño.—Pide que sin más tardanza se junte el congreso en asamblea general, y se quiere aprovechar de la coyuntura para hacer decidir la admision del representante de Sajonia, y la no admision del representante de Nápoles, lo cual fuera un modo indirecto de resolver al punto las dos cuestiones mas importantes del momento.—Viva resistencia de parte de los cuatro.—Al cabo de algunos dias se transige, y se aplaza el congreso para el dia 1.º de noviembre, bajo promesa de reunirlo completo entoces, y se adoptan frases que permiten esperar lo que se llama *respeto del derecho público*.—Tras

## LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

### Congreso de Viena.

Situacion de Europa despues de la paz de Paris.—Descontento de las provincias belgas y rhinianas, anexionadas á paises protestantes, y maltratadas por ejércitos extrangeros.—Estado de confusion en que está amenazada de caer la Alemania.—Allí los pueblos esperan vanamente la libertad que se les ha prometido, y los pequeños estados temen que les absorban los grandes.—Conflagracion en Suiza, á consecuencia de la lucha entre los antiguos y los nuevos cantones.—Triste situacion de la Italia.—Mal gobierno del rey del Piamonte, y rigores ejecutados en Roma por el gobierno pontificio.—Revocacion del concordato francés casi consentida, si bien aplazada.—Asombro de Murat al verse aun sobre el trono de Nápoles, y desagrado con que le ven allí las potencias.—Estado de España.—Conducta pèrfida y cruel de Fernando VII.—Deseo de complacer á los ingleses abandona el pacto de familia.—Mientras Europa se halla así atormentada, los soberanos aliados asisten á fiestas brillante en Londres.—Renuevan la promesa de permanecer unidos, aunque sin explicarse acerca de los puntos litigiosos.—Se fija la celebracion del congreso de Viena para el mes de setiembre.—Disposiciones de que van animados.—Solamente soberanos, el emperador Alejandro y el rey Federico Guillermo llegan allí acordes y muy unidos.—A su vez la Europa se lo debe todo, y el uno quiere para sí toda la Polonia, y el

otro la Sajonia.—Nada vislumbra Inglaterra de este proyecto; Austria lo descubre, más enmudece con la esperanza de desbaratarlo sin romper la union europea.—Ventajas que esta situación ofrecería á Francia si llegaba libre de compromisos á Viena, y sin firmar el tratado de 30 de mayo.—Libertad dejada á Mr. de Talleyrand para obrar á su gusto.—No le impone el rey más que una obligación, la de expusar á Murat del trono de Nápoles.—Partida de Mr. de Talleyrand, asistido por el duque de Dalberg.—Su impaciencia de representar un gran papel, y su propósito deliberado de fundar su política en Viena sobre el principio de la legitimidad.—Entrada solemne de los soberanos aliados en la capital de Austria.—Magnífica y dispendiosa hospitalidad que en el palacio de Schönbrunn les ofrece el emperador Francisco.—A las claras muy luego las pretensiones de Prusia y de Rusia en cuanto á Sajonia y Polonia, se hacen asunto de todas las conferencias.—Sublevacion de los principes alemanes contra estas pretensiones.—Apuros de Inglaterra y de Austria, muy inquietas por el mantenimiento de la alianza de Chaumont.—Cuanto más amenazada está su union, más aparentan creer en ella, y se prometen sustentarla.—Acuerdo secreto de Austria, de Inglaterra, de Rusia y de Prusia para dirigir los negocios, y no asociar á las demas potencias sino por mera forma.—Conocido al punto el tal acuerdo, lo toman las potencias de segundo orden por nuevo agravio, temerosas de que el excluirlas sea un medio para sacrificarlas.—Irritada la legacion francesa no se limita á protestar contra semejante proyecto de exclusion, sino que al golpe se pone de parte de Sajonia contra las miras de Prusia y de Rusia.—Prusia se venga con divulgar que Francia trata de coger nuevamente la frontera del Rin.—Protestas de desinterés á que la legacion francesa se ve reducida para corregir el efecto de su conducta precipitada.—Enojo de Alejandro particularmente dirigido contra Mr. de Talleyrand.—Entrevista de este emperador con el plenipotenciario francés.—Despues de perder algunas semanas en parlamentos y amargas recriminaciones, se alza un clamor general para reclamar la convocacion del congreso.—Conociendo los cuatro, esto es, Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia, el peligro de una reunion general é inmediata, proponen el término de un mes, lo cual dilata el congreso hasta el dia 1.º de noviembre, socolor de tomarse tiempo á fin de madurar bien las cuestiones.—Mr. de Talleyrand se coloca á la cabeza de los que se oponen á este desigño.—Pide que sin más tardanza se junte el congreso en asamblea general, y se quiere aprovechar de la coyuntura para hacer decidir la admision del representante de Sajonia, y la no admision del representante de Nápoles, lo cual fuera un modo indirecto de resolver al punto las dos cuestiones mas importantes del momento.—Viva resistencia de parte de los cuatro.—Al cabo de algunos dias se transige, y se aplaza el congreso para el dia 1.º de noviembre, bajo promesa de reunirlo completo entoces, y se adoptan frases que permiten esperar lo que se llama *respeto del derecho público*.—Tras



de desbaratar los proyectos de exclusion ya conocidos, en vez de aguardar la legacion francesa antes de adquirir más compromisos en la cuestion de Sajonia, siempre se declara más de plano sobre este punto.—Por su parte se pronuncian con singular altivez los rusos y los prusianos.—Actividad de los pequeños Estados, y especialmente de Baviera.—Sus intimidades con la legacion francesa.—Aporo creciente de Inglaterra y de Austria.—Temiendo lord Castlereagh malquistarse con Prusia, de la cual necesita para su política respecto de los Países Bajos, la queria entregar la Sajonia, á fin de salvar la Polonia.—Mr. de Metternich, deseoso por el contrario de salvar mas bien la Sajonia que la Polonia, se disgusta de táctica semejante, y sin embargo la deja libre curso con la esperanza de que no llegue á cabal remate, porque Federico Guillermo no se dará por satisfecho, si no lo está á la par Alejandro.—Lord Castlereagh dá resueltamente la cara.—Sus vivas entrevistas con el emperador de Rusia, seguidas de notas enérgicas y amargas.—Baviera, activísima como siempre, no vacila en hablar de guerra, y dice á Austria que tendria que pensar en acercarse á Francia y unirse con ella.—Mr. de Metternich, temeroso de la desunion, responde que Francia no tiene ya ejército.—Baviera trasmite esta frase á la legacion francesa para excitar su punto de honor.—Mr. de Talleyrand pide á Luis XVIII que haga armamentos.—Deliberacion en el Consejo real sobre esta materia.—El ministro de Hacienda se acomoda á aprontar cincuenta millones de francos para poner de nuevo al ejército francés sobre el pié conveniente.—Grande satisfaccion de Mr. de Talleyrand y su diligencia en publicar los armamentos de Francia.—Entretanto la lucha prosigue vivísima en Viena.—Obligado Mr. de Metternich á prestarse á la táctica de lord Castlereagh, aconseja á Prusia en su propio interés que no tome la Sajonia, si bien consiste en abandonársela bajo ciertas condiciones, que no puede aceptar aquella potencia.—Alejandro exasperado aparece resuelto á arrostrarlo todo, entrega la Sajonia, ocupada por sus tropas á las prusianas, y concentra junto al Vistula todas sus fuerzas.—Irritacion en Viena, y voto general de reunir el congreso el día 1.º de noviembre.—Violento altercado de Alejandro con Mr. de Metternich.—Reunion del congreso en la época señalada.—Las ocho potencias signatarias del tratado de Paris, Francia, Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, España, Portugal, Suecia, toman la iniciativa en las convocatorias y en las resoluciones.—Se divide en comisiones el congreso.—Comision de exámen de poderes.—Comision llamada de los seis, compuesta de Francia, España, Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia, para los grandes asuntos europeos.—Comisiones para los asuntos de Alemania, para los asuntos de Italia, para los asuntos de Suiza, para la libertad de los negros, para la libertad de los rios, etc., etc.—Se conviene en que despues de avistarse los principales interesados en cada cuestion con las comisiones respectivas, intervendrian los ocho á fin de acabarles de poner de acuerdo y

dictar sus resoluciones.—Trabajos en las comisiones todas.—Asuntos Italianos.—Cuestion de la incorporacion de Génova al Piamonte, y de la sucesion á la corona de Saboya.—Cuestiones de Parma y de Nápoles.—Juiciosos motivos de Mr. de Metternich á fin de que al asunto de Nápoles se le dieran largas.—Asuntos suizos: continuacion de la lucha entre los antiguos y nuevos cantones.—Influencia de Francia sobre el canton aristocrático de Berna, y sobre los cantones democráticos de Uri, Glaris, Unterwald, empleada en negociar un acomodo.—Mientras propenden á una solucion los asuntos de Suiza, se agravan los de Sajonia y Polonia.—Esfuerzos de lord Castlereagh para separar á Prusia de Rusia.—Los descubre Alejandro, y provoca una explicacion por parte de Federico Guillermo.—Fras de explicarse ambos soberanos, se estrechan en los brazos y se prometen estar mas unidos que nunca.—Proclama del principe Reppin, gobernador provisional de Sajonia, donde anuncia que este reino va á pasar bajo la soberania del rey de Prusia, con el beneplácito de Inglaterra y de Austria.—Violentas negativas dadas por estas dos potencias.—A la sazón las instancias de los principes alemanes cerca del principe regente de Inglaterra logran que las instrucciones de lord Castlereagh sean modificadas.—Este lord cambia de táctica, y se une á Mr. de Metternich para defender resueltamente la Sajonia y la Polonia.—Tendencia de las cosas á la guerra.—Plan de campaña concebido por el principe de Schwarzenberg, en el que se dispone de las fuerzas de Francia, sin hacerla revelacion alguna.—Proyecto formado para que la próxima primavera entren doscientos mil austriacos y alemanes en Polonia, ciento cincuenta mil en Silesia, y cien mil franceses en Franconia y Westfalia.—Mr. de Metternich con fecha del 10 de diciembre presenta una nota, por la cual retira el consentimiento dado acerca del sacrificio de la Sajonia, fundándose en que Prusia no ha llenado ninguna de las condiciones exigidas por Austria.—Exasperados los prusianos quieren dar un escándalo, pero Alejandro se esfuerza en contenerlos.—Al cabo de muchas entrevistas con el principe de Schwarzenberg, adquiere el czar el convencimiento de que las potencias han abrazado el partido de resistir á sus designios, y entonces piensa en algunos sacrificios.—Guardando toda la Polonia, se decide á abandonar el ducado de Posen á Prusia, para que tenga esta menos que pedir en Alemania, y á la par trata de entenderse amigablemente con Austria respecto de la frontera rusa en Galitzia.—Prusia, á tenor de los consejos de Alejandro, da una templada respuesta á Austria.—Réplica del Austria en que demuestra que, abandonando á Prusia de trescientas á cuatrocientas mil almas en Sajonia, el compromiso de volverla á su estado de 1805 quedaria satisfecho.—Prusia entra en estos cálculos, y la cuestion pierde el caracter absoluto que tenia entonces para convertirse en cuestion de guarismos.—Formacion de una comision de evaluacion, á la cual se admite á Francia, despues de haber querido excluirla.—Se debaten vivamente las cuestiones de cantidad en



esta comision.—La noticia de la paz entre Inglaterra y América restituye á lord Castlereagh toda su energia.—Habiendo tenido lugar una escena violenta entre los ingleses y los prusianos, se avista exasperado lord Castlereagh con Mr. de Talleyrand.—Este se aprovecha de la ocasion y ofrece al ministro británico una alianza ofensiva y defensiva.—Convencion de 3 de enero de 1815, por la cual se alian Austria, Inglaterra y Francia, y se comprometen á suministrar ciento cincuenta mil hombres cada una para el triunfo de su política.—Triste condicion impuesta á Mr. de Talleyrand de atenerse á los limites del tratado de Paris, si estalla la guerra.—Envio de un general francés para la discusion del plan de campaña.—A pesar de tener el carácter de secreta la convencion de 3 de enero, se comunica á Baviera, á Hanóver, á los Países Bajos, y á Cerdeña, con el fin de obtener su adhesion.—Aun no violándose el secreto, Prusia y Rusia conocen por la actitud de sus adversarios que algun ajuste los ha puesto acordos, y se deciden á transigir de resultas.—Se quita á Sajonia la mitad de su territorio y la tercera parte de su poblacion para darlas á Prusia.—Ultima contienda sobre la ciudad de Lepsick, dejada definitivamente á Sajonia.—Se envia á buscar al rey Federico Augusto residente en Pesth, con el fin de arrancarle su consentimiento.—Resuelta la gran cuestion que dividia á Europa, y llamado lord Castlereagh al parlamento inglés, se trata de terminar pronto.—Solucion de las cuestiones pendientes.—Constitucion definitiva del reino de los Países Bajos.—Restablecimiento de las casas de Hesse-Cassel y Hesse-Darmstad.—Mediante cambio abandonan estas casas la Westfalia á Prusia.—Trabajo de Prusia á fin de proporcionarse una continuidad de territorio del Mosa al Niemen.—Conducta injusta respecto de Dinamarca.—El Luxemburgo toca al reino de los Países Bajos.—Maguncia se declara plaza federal.—Baviera adquiere el palatinado del Rin, el ducado de Wurzburg, y abandona el Tirol con la línea del Inn al Austria.—Constitucion Germanica.—Austria rehusa la corona imperial, y obtiene la presidencia perpetua de la Dieta.—Organizacion de la Dieta federal.—Solucion de las dificultades en Suiza, debida principalmente á Francia.—Los nuevos cantones conservan su existencia, pagando una indemnizacion pecuniaria.—Berna obtiene una indemnizacion territorial en el Porentruy y el obispado de Basilea.—Casi es tomada por completo del acta de mediacion la constitucion suiza.—Dificultades de la cuestion italiana.—No habiendo exigido cosa alguna Mr. de Talleyrand por su intervencion eficaz en los negocios de Sajonia y Polonia, se halla amenazado de quedar en el asunto de Nápoles sin el apoyo de nadie.—Por su fortuna, Murat suministra la solucion apetecida, dirigiendo una intimacion imprudente al congreso.—A ella responde Austria, anunciando el envio de un ejército de cien mil hombres á Italia.—Resolucion general de acabar con Murat.—Dificultades del asunto de Parma.—A peticion de las dos casas de la dinastia borbónica se desearia devolver el ducado de Parma á la reina de Etruria y no dejar á Maria Luisa mas que el

ducado de Luca.—Esta lo resiste bien aconsejada, y logra despertar la ternura de su padre y la generosidad de Alejandro.—Lord Castlereagh es encargado de negociar, á su paso por Paris y sin noticia de Mr. de Talleyrand, un tratado con Luis XVIII, á fin de que Parma corresponda á Maria Luisa durante su vida, y de que entretanto no posea la reina de Etruria mas que el ducado de Luca.—Se decide que las Legaciones sean restituidas al papa.—Resoluciones adoptadas sobre la libertad de los negros y sobre la libertad de los rios navegables.—Hallándose resueltas ya en febrero todas las cuestiones, se aprestan á partir los soberanos, dejando el cuidado de la redaccion á sus ministros.—Se decide que haya un instrumento general, firmado por las ocho potencias comprendidas en el tratado de Paris, donde se contengan todas las soluciones de interés general, y que además haya tratados particulares entre todos los interesados respecto de lo que les atañe especialmente.—En el punto de separarse hiera y trastorna los ánimos de todos la noticia del desembarco de Napoleon.—Se prometen continuar reunidos hasta el fin de la nueva crisis.—Se mantienen todos los arreglos europeos anteriormente adoptados.—Carácter verdadero del Congreso de Viena, y juicio que se debe formar sobre su obra que, fuera de algunos cambios, ha durado cerca de medio siglo.

Se acaba de ver el estado en que los Borbones, ligados por una constitucion escrita y vigilados por una opinion pública muy recelosa, habian puesto á Francia, sin duda animados de excelentes intenciones, aunque cediendo al movimiento de reaccion que propendia á restablecer el régimen antiguo sobre las ruinas de la revolucion y del imperio. De consiguiente ya se concibe en qué situacion se podria encontrar Europa, dividida entre una porcion de gobiernos, á los cuales no ligaban la opinion ni las leyes, y que así eran libres de intentar la reconstitucion de lo pasado, y estaban decididos á recuperar los territorios, que fueron suyos, y aun á apropiarse los que jamás les habian pertenecido. Esta infeliz Europa hallábase vivamente agitada entre sus emigrados, tan poco



ilustrados como los nuestros, y sus ambiciosos que se arrancaban sus pedazos, y aparecia como una especie de cáos en que la avaricia y la sinrazon andaban á las parejas. Desde la cumbre de su isla, el hombre á quien se llamaba el genio del mal por entonces, sin duda se podia decir con toda la malicia que se le calculaba y tenia realmente, que su caída no señalaba en el mundo el triunfo del desinterés y la de templanza.

Oportuno es, pues, lanzar una ojeada sobre esta Europa maltratada tan por extremo, para formar una idea cumplida de su estado en la época misma que se miraba como la de su libertad.

Las provincias belgas, que por de pronto experimentaron un verdadero alivio al libertarse de nuestro yugo, se mostraban sorprendidas y pesarasas de estar bajo otro yugo no menos pesado, y opuesto además á todos sus sentimientos nacionales. De nosotros habian alejado á estas provincias la conscripcion, los derechos reunidos, la clausura de los mares y los asuntos religiosos. Por de pronto se hallaban libres de la conscripcion, mas no de los tributos indirectos que se habian sustentado. Accesibles estaban ya los mares, si bien para dar paso á los productos ingleses, rivales de los productos belgas, y en el momento en que se abrian los mares á estas provincias, se les cerraba la Francia, cuyo mercado tanto y tanto habia contribuido á enriquecerlas. Al papa veian restablecido en Roma, pero al tiempo mismo pasaban á la dominacion de una nacion protestante, á la cual no tenian amor alguno. Les era importuna la presencia del ejército británico de continuo en aumento para la proteccion del nuevo reino de los Países-

Bajos, y acusaban al Austria por lo mucho que habia contribuido á su separacion de Francia, y por haberlas hecho traicion y vendido á Inglaterra.

No se hallaban mas satisfechas las provincias rhinianas. Si para ellas como para los belgas la conscripcion habia cesado, si el Rhin, principal instrumento de su bienestar, se habia abierto con los mares, se habia cerrado Francia para su industria llegada á gran desarrollo bajo el imperio, y el mercado de Prusia no les podia resarcir de ninguna manera del mercado de Francia. Finalmente no les parecia mucho mas natural ser conciudadanos de los habitantes de Königsberg que de los parisienses, y la libertad del papa no les consolaba mas que á los belgas del dolor de pertenecer á un soberano protestante. Asimismo pasaban por la amargura de una ocupacion extranjera, pues tenian al ejército prusiano sobre su territorio, y se veian tratados horriblemente por los soldados de Blucher, aun no acostumbrados á considerar y á tratar como compatriotas á los habitantes de Aquisgran y de Colonia.

Mas allá del Rhin procedia el malestar de otras causas. Contentos se hallaban fundadamente los prusianos por estar victoriosos y por contar con extensos ensanches, pero en galardón de su patriotismo esperaban una libertad que se les habia prometido, y que no se daba prisa á otorgarles su soberano. Con ansiedad aguardaban Hanover, Brunswick y Hesse, que se fijara su suerte, y entretanto se veian próximos á la última ruina por consecuencia del tránsito de los ejércitos aliados. Sajonia, que habia abandonado sobre el campo de batalla á los franceses, se hallaba amenazada de per-



der su nacionalidad en premio de su defeccion y de transformarse en prusiana, lo cual la desesperaba por extremo. Provisionalmente sufría la humillacion de tener prisionero en Berlin á su soberano. En los pequeños Estados germánicos mostrábanse inquietos los príncipes de los proyectos que se atribuían á las grandes potencias alemanas, y muy descontentos los pueblos al notar que sus príncipes ostentaban ideas muy poco liberales. Baviera, obligada á reclamar grandes indemnizaciones por lo que le iba á tomar el Austria, no se lisonjeaba de obtenerlas á la izquierda del Rhin y tocando á los términos de Francia, con la cual se la queria comprometer de este modo.

Suiza habia caído en un estado de confusion, del cual no se sabia cómo sacar la, y que ponía todos los intereses en conflicto y todas las poblaciones en armas. Haciendo el acta de mediacion en los Alpes una prudente aplicacion de los principios de 1789, emancipó los antiguos países avasallados á fin de convertirlos en cantones independientes; y en vez de trece cantones hubo diez y nueve de resultas; y se abolieron las desigualdades de condicion y las opresiones de todas clases en lo interior de cada uno; y así creóse un estado perfectamente equitativo, con el cual se habia encontrado feliz la Suiza durante diez años, y bajo el cual nada tuviera que desear si la guerra no perturbara entonces la felicidad de todo el mundo.

Esta misma acta de mediacion fué la que trataron de destruir los berneses y destruyeron con efecto, al introducir á los aliados en Suiza por el anterior mes de diciembre. Al punto se despertaron todas las antiguas pretensiones. Berna queria

poner de nuevo debajo de su yugo á los países de Vaud y de Argovia, y quitarles su calidad de cantones federados. Uri queria quitar al valle Levantino el canton del Tesino, y se le apropió sin esperar la resolucion de autoridad ninguna. Schwitz y Glaris se aprestaban á recuperar los territorios de Utznach y de Gasser en el canton de Saint-Gall, y para lograrlo se proponian insurreccionar estos antiguos distritos. Zurich reclamaba una bailia en Argovia. Appenzell se lisonjeaba de recuperar el Rheinthal. Por su parte las poblaciones amenazadas se habian puesto á la defensiva. Sobre las armas estaban los ciudadanos de Vaud, de Argovia, de Thurgovia, de Saint-Gall, del Tesino en número de veinte mil hombres. No estaba menos en peligro el régimen interior de los cantones que la division de su territorio. En visperas estaban de permanecer las sujeciones de clase á clase. A lo menos se tenia la pretension de restablecerlas, y viéndose en peligro todos los nuevos y legitimos intereses creados por el acta de mediacion se hallaban á punto de rebelarse.

Deseando la dieta congregada en Zurich poner término á esta anarquía, probó á reconstituir la Suiza, pero los cinco cantones que meditaban proyectos de trastorno territorial, y eran los de Berna, de Uri, de Schwitz, de Glaris, de Zug, atrayéndose por la uniformidad de pareceres á los cantones de Friburgo, de Soleure, de Lucerna y de Unterwalden, formaron una contra-dieta, que ni se queria unir á la de Zurich, ni se prestaba á asentir á sus actos. Se componia la dieta de Zurich de los cantones amenazados de Vaud, de Argovia, Thurgovia, Saint-Gall, del Tesino, y



de los cantones que se llamaban imparciales, Zurich, Basilea, Schaffhouse, Appenzell y Grisones. Diez contaba, á la par que nueve la dieta opuesta.

Afortunadamente para la causa del buen derecho y del buen sentido, Alejandro, liberal por educacion y por sentimiento, é influido además por Mr. de Labarpe y por el general Jomini, de ningun modo pensaba en dar ayuda á semejante trastorno. Haciendo prevalecer su opinion entre los soberanos aliados, les indujo á declarar que las potencias coligadas no reconocerian más dieta que la de Zurich, ni consentirian la supresion de uno solo de los cantones existentes, y que habiendo perdido mucho Berna, ya tratarian de resarcirla con algunas porciones de los territorios conquistados de Francia.

Fuerte con este apoyo la dieta de Zurich acabó por vencer á los disidentes, y por atraerlos á su seno. Habia redactado un proyecto de pacto federal, consagrando la existencia de los diez y nueve cantones, y dejando al congreso de Viena el cuidado de resolver las cuestiones territoriales bajo el aspecto de la igualdad civil y de la organizacion de los poderes, se conservaba cuanto el acta de mediacion tenia de bueno. Más habiendo sido desechado este proyecto por los cantones disidentes, las poblaciones cuya existencia estaba en peligro, se negaron á deponer las armas. El pais de Vaud, trasformado en una especie de campamento, lejos de presentar como de costumbre el aspecto de bienestar y de reposo, á la sazón ofrecia el de la ansiedad mas profunda y la agitacion mas viva. Por de pronto esto era cuanto habia ganado Suiza con la libertad de la Europa. Al congreso de Viena

tocaba restablecer el orden y la justicia, si estaba á su alcance.

Trasponiendo los Alpes el espectáculo era mas triste y aun mas aflictivo.

Al retirarse los franceses dejaron en Milan á las reliquias del ejército italiano, y á la mayor parte de los austriacos en las plazas fuertes de Lombardia. A pesar de su noble fidelidad á Napoleon, se habia lisonjeado el principe Eugenio de conservar una parte á lo menos de su vireinato. Para conseguirlo habia contado con la influencia del rey de Baviera, su suegro, y con la estimacion personal de que gozaba en toda Europa. Por su principe le desearan los italianos, y el Senado lombardo se disponia á dar un paso en tal sentido, cuando irritado el populacho milanés contra los franceses, á quienes habia visto por espacio de diez y ocho años en su territorio, se rebeló á excitacion de algunos individuos de la nobleza y del clero, invadió el Senado y asesinó á Prina ministro de Hacienda. A matar al ministro de la Guerra iba de igual modo, cuando se logró atajar su furia. El general Pino se puso al frente de la fuerza pública, se formó una especie de regencia llamando á su seno á los patriotas ilustrados, y despues se pidió un soberano al congreso de Viena. Fácil era de adivinar la respuesta, y no fué otra que la ocupacion austriaca. A la cabeza de cincuenta mil austriacos invadió toda la Lombardia hasta las márgenes del Po el mariscal Bellegarde, disolvió la regencia provisional, y tomó posesion del pais en nombre de la corte imperial de Austria. Aun no siendo conocido entonces el régimen de gobierno destinado á estas poblaciones, lo de que seria igual al de las



provincias austriacas se preveía muy de sobra.

Este régimen debía ser duro, bien que regular en Lombardía; más desde los principios fué extravagante en el Piamonte. Despues de pasar el viejo rey de Cerdeña el tiempo de su destierro en Roma, y de asistir allí á la entrada del papa, á cuyas plantas se habia prosternado, se vino á Turin á tomar posesion de sus estados, que se proponian aumentar con el territorio de Génova los ingleses. Allí gobernó como lo pudiera hacer el más ciego de los emigrados. No solo restableció el poder absoluto, sino que empleólo en perseguir á cuantos habian servido á Francia, en castigar á los que los viernes y los sábados comian de carne, y en mostrar respecto de todo la mas violenta intolerancia en un país nutrido por el espíritu de los franceses durante veinte años. Gran número de oficiales se huian al lado de Murat que los recibia anhelante, y negándose á servir el resto del ejército ó abominando al nuevo sistema, no estaba dispuesto á sustentarlo. De fijo estallara una insurreccion general á no ser por la vecindad de los austriacos, situados á las márgenes del Po y del Tesino.

Génova, que irreflexivamente se habia entregado á los ingleses, recibiendo del espontáneo y liberal lord Bentinck la promesa de su independencia, se hallaba desconsolada, así que echó de ver que se le deparaba muy triste suerte. Con efecto no habia yugo que le fuese mas antipático que el del Piamonte. Cosa bien singular es que todos los puertos de Europa tendieron al principio los brazos hácia los ingleses, esto es, hácia el mar, y ahora se los retiraban con ira. Génova obraba á seme-

janza de Marsella, de Burdeos, de Nantes, de Amberes, etc.

Las Legaciones, comprendidas durante el imperio en el vireinato de Lombardía, se hallaban ocupadas por Murat, que en nombre de la coalicion las habia invadido. Segun la corriente de las ideas reinantes, de restituir á cada príncipe lo que antes fué suyo, se debieran devolver al papa, y con fundamento se juzgaba que no se procedería de otro modo. Pero Murat, á quien no quiso reconocer el pontífice vuelto á Roma, se vengó con seguir ocupando aquellas provincias, sin atormentarlas en lo mas leve, si bien dejándolas en una duda angustiada acerca de su destino futuro.

Al presente (por setiembre y octubre de 1814) solo un país era dichoso en Italia y quizá tambien en Europa, aludimos á la Toscana. Restituída al archiduque Fernando, duque de Wurzburgo bajo el imperio, tras de pasar por espacio de veinte años de una soberanía á otra, al fin halló un príncipe dulce y sensato, que no trataba de privarla de ninguna de las mejoras debidas á los franceses, ni perseguía á nadie por haber servido á Napoleón, y que bien lejos de observar tal conducta, eligió á Fossombroni y Corsini, los miembros mas distinguidos de la administracion francesa, para colocarlos al frente de su gobierno. Así los toscanos, avallorando su suerte, y hallándola buena, eran los únicos italianos que ni sentían, ni deseaban nada. Teniendo la turbulenta Liorna la libertad de navegar, y no estando amenazada como Génova de pertenecer á un soberano extranjero, se hallaba tan satisfecha y pacífica como el resto de la Toscana.



Roma acababa de recuperar al papa, y le habia recibido de rodillas en la plaza del Pueblo. Entre el número de los que á sus piés se postraron de hinojos, se vió al infeliz Carlos IV, á su esposa María Luisa y al príncipe de la Paz, tristes restos de la casa de España, confinados en Roma como las reliquias de un gran naufragio. Pío VII, por lo comun tan dulce, tan moderado, casi se habia despojado por completo de las cualidades de su carácter al volver á pisar sus sagrados dominios, y abandonóse á las iras de la Iglesia ménos prudentes y ménos humanas. Se apresuró á anular todo lo mejor que habian hecho los franceses en el orden administrativo, á perseguir implacablemente á los que fueron sus servidores, áseclesiásticos como seculares, á derogar la venta de los bienes de la Iglesia, y finalmente á proclamar el restablecimiento de los jesuitas, lo cual era motivo de inquietud para todas las clases ilustradas. No era el cardenal Gonsalvi, alejado en quella época á fin de solicitar el apoyo de las córtes europeas en el asunto de las Legaciones, sino el cardenal Pacca, su sustituto interino, el que inspiraba tan imprudentes providencias. A su diócesis de Montefiascone se legó al cardenal Maury con prohibicion de presentarse al Padre Santo, ¿y por qué motivo? Por haber sido prelado de Napoleon, á quien Pío VII habia consagrado. Todos los parientes del cardenal fueron separados al propio tiempo de sus destinos. A tal punto se llevaron las cosas que el mismo Pío VII se empezaba á mostrar confuso de desmentir su carácter generoso tan de repente.

Ya hemos expuesto las relaciones del papa con el gobierno de los Borbones, acerca de la revoca-

cion del concordato. Al solicitar el apoyo de estos príncipes en la cuestion de las Legaciones y las Marcas, segun se ha visto poco antes, reclamaba Pío VII la restitucion de Aviñon y de Benevento. A Luis XVIII suplicaba que no aceptase la Carta, por razon de la libertad de cultos proclamada en ella; además invocaba la supresion del divorcio, una modificacion en la ley del matrimonio que restituyera al acto religioso su superioridad sobre el acto civil, y una dotacion en bienes raices para la Iglesia. En cambio el antiguo obispo de Saint-Malo, embajador de Luis XVIII, habia presentado las demandas de su córte, que consistian en la abolicion pura y simple del concordato, y en la restauracion del clero tal como existia antes del año de 1842 en Francia. Al dirigir esta súplica á la Santa Sede con el debido respeto, no omitió el obispo de Saint-Malo manifestar á Pío VII lo de que se distaba mucho de aprobar su reinado, y que hasta se le tachara de debilidad, si no fuera osadía articular un cargo contra el representante de Dios en la tierra.

Por su parte el papa, que nada veia de sorprendente en reclamar á Aviñon y en oponerse á la libertad de cultos, halló extraordinario y ofensivo que se le instara á deshacer su propia obra con el restablecimiento de la antigua Iglesia francesa, y que se osara hacer la insinuacion de que se habia engañado al estampar su firma al pié del concordato. Su doctrina y la de sus negociadores era que no habia podido errar la Santa Sede. Si hubieran sido consecuentes los Borbones, no lo debieran poner en duda, más como aqui todo pecaba de inconsecuencia, el ministro de Luis XVIII, para ob-



tener la de la derogacion del concordato, sostenia que pudo errar el papa, y se hacia así galicano, á la par que el papa se armaba con las doctrinas ultramontanas para defender en el concordato la ménos ultramontana de sus obras.

Sin embargo, como tenian gran necesidad unos de otros, se aspiraba á la avenencia, y Pio VII acababa de nombrar una congregacion de cardenales para examinar la grave cuestion de la revocacion del concordato, y resolver las numerosas cuestiones á que daba asunto. En las reclamaciones de la córte de Francia habia algo sobremanera conveniente para la córte de Roma, y era el considerabilísimo aumento de las sillas episcopales, y bajo este aspecto se pedia cosa muy de su agrado. Se admitió pues esta medida, no como revocacion del concordato, sino como simple aumento de diócesis, lo cual en ningún tiempo ha negado la Iglesia. En cuanto á las personas se hallaba resuelto el papa á ceder de igual modo, y así queria á la verdad restablecer á los antiguos titulares aun vivos, en número de doce ó de trece, por grande confusion que le ocasionara lo de volver al ejercicio de sus funciones á los prelados á quienes habia desposeido, pero exigia pensiones bien afianzadas para aquellos á quienes iba á desposeer despues de haberlos elevado, pensiones á que no se oponia resistencia alguna. Con todo, alargándose iban las negociaciones, como acontece á menudo en Roma, y ahora debia ser muy venturoso este incidente así para la consideracion de Pio VII, como para el gobierno de los Borbones, que no sospechaban el beneficio que se les hacia con dilatar el cumplimiento de sus deseos.

Aun quedaba Nápoles y el resto de dinastía imperial subsistente en este reino. Nada igualaba al asombro de Murat por verse todavía sobre el trono de Nápoles, á no ser el asombro que experimentaba Europa al contemplarle allí de monarca. En los primeros dias de 1814, cuando aun dudaba la coalicion de su victoria, para separar á Murat de Napoleon, le garantizó el Austria el trono de Nápoles, y esta garantía fué confirmada por Inglaterra. Ahora que la coalicion se hallaba definitivamente triunfante, se arrepentia de haberse comprometido tan precipitada y formalmente. Las potencias que no habian tomado parte en esta negociacion censuraban la precipitacion de Austria y de Inglaterra, que se mostraban confusas de su obra, y sin atreverse á destruirla por si mismas, dispuestas estaban á dejar que la destruyeran otras manos.

Todos los príncipes de Italia se habian negado á reconocer á Murat y particularmente el papa, de lo cual Murat se vengó, como dijimos arriba, ocupando las Legaciones y las Marcas. A la par que Murat tenia cerca de sí á este vecino moralmente tan poderoso, que se negaba á reconocerle, tenia otro vecino no menos temible, y era Fernando IV, existente como soberano de Sicilia, y que desde Palermo, donde residia con su córte, miraba á Murat como un aventurero, á quien una distraccion de Europa habia dejado por un momento sobre un trono usurpado. Segun se debia esperar, el legitimo heredero de los Borbones de Nápoles poníalo todo en juego para volver á la posesion de su patrimonio. De consiguiente Murat podia comprender en Nápoles, como Marmont en París, lo



que se gana en desertar de la causa natural, por mucha razon que se halle para abandonarla en las injusticias que se hayan sufrido. La pesadumbre es el principio del remordimiento, y Murat se dolia ya vivamente de haber abandonado su verdadera causa al abandonar la de Napoleon. Su cuñada la princesa Paulina, se aplicaba á medias con la reina á darle á conocer lo que ya conocia de sobra, y aquella dama se encaminó á Porto-Ferrajo con el fin de avenir á los dos cuñados.

Entretanto Murat no queria dar á las potencias que se acababan de reunir en Viena, un pretexto para destronarle mostrándose infiel á sus empeños, y á la par que enviaba á la isla de Elba palabras de arrepentimiento, se guardaba de toda demostracion comprometedora, y siempre usaba con las potencias el lenguaje de un miembro de la coaliccion, muy satisfecho de haber contribuido á vencer al tirano de Europa. Mas recibia á los oficiales piamonteses ó lombardos que buscaban á su lado un asilo, y tambien recibia á los oficiales franceses que le llegaban á ofrecer sus servicios, aunque una orden de Luis XVIII llamase estós últimos á Francia, y pagaba muy bien á unos y á otros, porque su hacienda se hallaba á la sazón en estado bastante floreciente. Se aplicaba á reforzar su ejército, fuerte ya de ochenta mil hombres, y le atendia con grande esmero, por ser su título más sólido ante el congreso de Viena. En el mismo Nápoles no le faltaban parciales de la nobleza y de la clase media, que tenían la vuelta de todo lo que Fernando IV debia llevar consigo. No obstante, si tenia en su favor á las clases ilustradas, que no ajaba de ningún modo, le eran con-

trarios los *lazzaroni*, sensibles al recuerdo de sus antiguos soberanos, aunque á menudo fuese aplaudido por ellos á causa de su gallarda apostura que les mostraba frecuentemente paseándose por las calles de Nápoles á caballo. No era pues impopular del todo, mas tampoco era lo que habia sido durante algunos meses, esto es, el héroe de Italia. Este héroe se hallaba en otra parte, se hallaba en la isla de Elba. Despues de haber deseado librarse de la consericion y de los derechos reunidos, á Napoleon se habian vuelto los italianos, considerándole como representante ideal de su causa, vencido y atado sobre una roca á semejanza de Prometeo. Excepto en Toscana, desde los Alpes al estrecho de Mesina, no habia mas que un voto, á saber, que el soberano de la isla de Elba dejara su isla, se pusiera al frente del ejército napolitano y marchara sobre Milan. No era probable que obrase de este modo, porque Napoleon no saldria de la isla de Elba para intentar con los italianos lo que no le habia salido bien con los franceses, esto es, una lucha desesperada contra la Europa victoriosa y por una causa de que jamás se habia cuidado, la de la unidad de Italia. Sin embargo, es lo cierto que si hubiera aparecido, todos los hombres á quienes sublevaba el régimen militar de los austriacos, la tiranía devota del rey del Piamonte, la dominacion del Sacro Colegio, se levantarán á su voz é hicieran una de las tentativas tantas veces renovadas por los italianos, sin haber aun salido triunfantes.

Asi Italia despues de apeteer y de invocar, á semejanza de todas las potencias de Europa, lo que se llamaba libertad comun por entonces, se halla-



ba muy poco satisfecha de ella. Pero habia un pais ménos satisfecho que todos los demás é indignado con mayor justicia de los desengaños con que se pagaban sus sacrificios, y era la España. Esta nacion habia derramado torrentes de sangre y sostenido una heróica lucha á fin de restaurar á sus reyes sobre el trono, y en pago de esta sangre vertida y de esta heróica lucha no habia logrado más que una tiranía estúpida y sanguinaria.

Fernando VII, conducido segun se ha visto de orden de Napoleon á la frontera y entregado á las tropas españolas, entró en Gerona el dia 24 de marzo. Desde Gerona se encaminó á Zaragoza, y allí encontró á los enviados de la regencia y de las córtes, que antes de restituírle la autoridad real le exigian que prestase juramento á la Constitución de Cadiz, poco más ó ménos como lo hizo el Senado francés respecto de Luis XVIII. Imágnese á los Borbones en Paris sin tener que guardar miramientos al ejército imperial de Fontainebleau, ni á una opinion pública muy ilustrada, y apoyándose, no en los ejércitos extrangeros cuyo brazo dirigia el emperador de Rusia, sino únicamente en un ejército vendeano, y se formará cabal idea de la conducta seguida por Fernando VII en España. Desde luego se negó este príncipe á explicarse con los enviados de la regencia y de las córtes, y de Zaragoza se dirigió á Valencia, recibiendo en el tránsito los homenajes de las poblaciones, entusiasmadas de volverle á ver y de recuperar la paz. En Valencia fué acogido con transportes de gozo. Hasta las tropas llegaron á prestarle juramento, y acrecentándose este movimiento con su presencia, de seguida creyóse bastante

fuerte para explicarse con las autoridades de Madrid á las claras. De cierto los hombres prudentes opinaban que no podia aceptar sin alteraciones la Constitución de Cadiz, todavía más defectuosa que nuestra constitucion de 1794. Pero el personaje entonces mas distinguido de España, el vencedor de Bailen, el general Castaños, y don Pedro Ceballos, el mas ilustrado de los ministros, le aconsejaron que entrara en ajuste, y se limitara á modificaciones en la constitucion, y no rompiera con los hombres que habian defendido el trono á costa de su sangre. Como se sentia más irritado contra los que aspiraban á limitar su autoridad real despues de salvarla, que contra los que encerrándole en Valencia se la quisieron arrebatar para siempre, no quiso á ningun precio emplear las vias conciliatorias. Desgraciadamente no eran más sensatos ni estaban más dispuestos á transigir los gefes que dirigian las córtes y se hizo imposible el acuerdo, del cual pudiera resultar por aquella época el establecimiento de razonables instituciones en España. Habiendo oido de boca del arzobispo de Toledo, diputado de la regencia, la súplica de explicarse respecto de la constitucion, acabó por declarar que no la aceptaria de ninguna manera, despidió al arzobispo á Madrid, anuló todos los decretos de las córtes, recuperó la plenitud de su autoridad y sobre la capital hizo que marchasen cuerpos de tropas.

Mirándole el pueblo y el ejército como el rey por quien habian peleado tan largo tiempo, no comprendiendo nada ó casi nada de la disputa teórica que dividia al rey y á las córtes, y juzgando hasta como extraño que se le negase la



autoridad real despues de conservársele á costa de tantos esfuerzos, le alentaron á atreverse á todo con su sumision entusiasta, y entró en Madrid como rey absoluto, esto es, libre de entregarse á todos los excesos que le podian perder más ó ménos pronto. Apenas instalado en su palacio alejó ó encarceló á los hombres que habian luchado con mayor energía para salvar su corona, mandó salir para su diócesis al arzobispo de Toledo, presidente de la regencia, que habia sostenido con todas sus fuerzas la real prerogativa, restableció la Inquisicion con sus consecuencias todas, y añadió á lo ridiculo de una restauracion imposible lo odioso de la más cruel y negra ingratitud. Sin embargo, hombres habia en España sobre quienes habian hecho impresion las doctrinas liberales de las córtes y que sin participar de ellas del todo, juzgaban absurda la reaccion comenzada, y se hallaban dispuestos á impugnarla. Especialmente existian estos hombres en Cataluña, y juntándoseles algunos miembros de las córtes se empezaba á organizar allí un principio de resistencia. Al ver la conducta del hijo de Carlos IV, pensaban en volver á llamar al viejo monarca, en quien, á falta de luces, reconocian dulzura. Aumentándose las complicaciones á vista de ojo, Fernando VII, que atribuia el movimiento de los ánimos á las intrigas del príncipe de la Paz, retirado en Roma al lado del rey Carlos IV, pidió á la Santa Sede que alejara á este antiguo ministro de su padre, desterrándole á Pésaro. Siempre fiel Carlos IV á su antiguo favorito, montó en cólera al saber esta noticia, y manifestó intencion de abandonar á Roma, bien para dirigirse á Barcelona, bien para encami-

narse á Viena, á fin de pedir á España ó á Europa que se le restituyera su trono y se le vengara de un hijo desnaturalizado. Mucho trabajo costó calmarle y para lograr que desistiera de su designio se necesitó la autoridad sagrada del papa.

Este espectáculo ofrecia España por entonces, y al contemplarlo con nuestros ojos motivo habia para que agradeciésemos al Senado habernos proporcionado una constitucion razonable, á los soberanos extrangeros haberla dado apoyo, á Luis XVIII haber tenido la cordura de aceptarla, preservándonos de esta suerte de la reaccion indigna que premiaba los sacrificios de los españoles. ¡Desgraciadamente sin igualar la conducta de Fernando VII por demás odiosa, tambien los Borbones que reinaban entre nosotros debian cometer faltas bastantes para volver á abrir á Napoleon la carrera de las grandes aventuras y á Francia la de las grandes calamidades!

Completará el cuadro que acabamos de trazar de España la breve exposicion de sus relaciones con el gabinete de las Tullerías. Por julio se habia firmado al cabo el tratado de paz, tan facil de concluir á causa de los Pirineos, y todo se habia limitado á restituirse los prisioneros mutuamente. Pero secretamente Francia habia prometido ayudar á España en Viena con el fin de obtener una doble restitution, la de Parma á favor de la reina de Etruria, y la del trono de Nápoles para Fernando IV, reducido de ocho años atrás á la Sicilia. Y á la verdad no se necesitaba de grande esfuerzo para determinar á la córte de Francia á apoyar reclamaciones que sin duda hiciera por cuenta propia. Más al mismo tiempo contrajo Es-



paña con Inglaterra al empeño secreto de no renovar el pacto de familia con los Borbones, y de pronto rompía con nosotros sus relaciones diplomáticas por el más extraño motivo. Mina, el capitán de las guerrillas, de cuyas empresas tanto habíamos tenido que dolernos, y Fernando VII tanto de que felicitarse, se contaba entre el número de los perseguidos por el monarca restaurado, á causa de oposicion á su autoridad absoluta. Este celebre partidario se habia refugiado en Bayona, y el cónsul de España le prendió en nuestro territorio tras de dirigirse á la autoridad francesa, que tuvo la debilidad de consentir en tal desacato. Indignado Luis XVIII y el duque de Berry del ultraje hecho á la corona de Francia, quisieron que se soltara á Mina, se destituyera al agente francés, cómplice de este acto ilegal á todas luces, y se pidiera una satisfaccion á la corte de España. Habiendo negado Fernando VII la satisfaccion pedida, y reclamándola por su parte, se interrumpieron las relaciones diplomáticas entre ambos países. Así Fernando VII indispuerto con los españoles que le habian salvado la corona, se indispuso además con los Borbones de Francia, sus únicos parientes, sus solos aliados en el mundo, y entregaba el pacto de familia á Inglaterra, sin estar aun seguro de su apoyo, porque censuraba en voz muy alta la atroz reaccion de que era á la vez autor é instrumento.

Tal era la situacion de Europa emancipada de Napoleon, si bien expuesta de fijo á una contrarrevolucion universal. ¡Y aun la amenazaban otros males! Al cabo de quince años de vicisitudes originadas por la ambicion exorbitante de Napo-

leon, semejava que la caida de este conquistador insaciab e debiera servir de leccion que enseñara á todo el mundo á moderar sus pretensiones. Lejos de esto, con el desenfreno de su codicia más trazas mostraban las potencias victoriosas de concurrir muy diligentes á justificar á Napoleon que á hacer que se bendijera su caida. No otro espectáculo deban á la sazón en Viena, adonde se habian citado para el día 4.º de agosto.

Los soberanos aliados, excepto el emperador de Austria, poco amigo de ruido, al abandonar á París se fueron á visitar al príncipe regente de Inglaterra, y á recibir en Lóndres una ovación tal como el pueblo inglés sabe tributarlas cuando se enardecen sus pasiones y están satisfechos sus intereses. Muchas habian sido las aclamaciones de algunos meses atrás en Roma, en Madrid, en Berlin y en Viena, más no iguales á las mútuas felicitaciones dirigidas en Lóndres á la aparicion del emperador de Rusia y del rey de Prusia. La acogida que se les hizo allí rayó en locura. No queriendo perturbar las magníficas fiestas con discusiones de intereses que pudieran alterar el universal alborozo, se prometieron permanecer siempre unidos, hacerse sacrificios mútuos si eran necesarios para seguir concordés, y mantener á toda costa la alianza de Chaumont, por cuya virtud se habian librado del tirano de Europa. Francia, aun despues de restituida á los Borbones, no estaba suficientemente resignada; Napoleon, aun despues de confinado á la isla de Elba, no estaba suficientemente olvidado para que no pudieran surgir sucesos imprevistos, contra los cuales solamente la union comun aseguraria el triunfo.



Tras de reconocerlo así todos, sin explicarse acerca de los arreglos europeos futuros, se juraron nuevamente eterna amistad, y se prometieron volverse á hallar animados de los mismos sentimientos en Viena.

A tenor del artículo 32 del tratado de París, donde se señalaba para de allí á dos meses la época del futuro congreso, la reunion debía ser el 4.º de agosto, pero estando muy cerca este plazo para lo mucho que aun faltaba hacer, se difirió la reunion convenida para el mes de setiembre.

Después de las fiestas de Londres el rey de Prusia á pesar de su modestia, se fué á recibir las felicitaciones de sus súbditos. Por su parte el emperador Alejandro encaminóse á Varsovia, con el fin de enardecer á los polacos en favor de una pretendida reconstitucion de la Polonia que trazaba en su mente; y ninguno de los dos monarcas pudo llegar antes del 25 de setiembre á Viena. Allí hicieron una magnífica entrada digna de su alborozo y de sus triunfos. Prestándose el emperador Francisco á todas las demostraciones mucho más por sus aliados que por sí propio, les salió al encuentro á alguna distancia, les abrazó delante de su pueblo y de seguida entró con ellos en la capital en medio del entusiasmo de sus moradores. Sucesivamente vióse venir á los reyes de Baviera, de Wurtemberg y de Dinamarca, y en pos de ellos á todos los príncipes alemanes, italianos, holandeses, que tenían que defender un interés cualquiera en las futuras negociaciones. No ménos que los príncipes abundaban las princesas en Viena, y allí veíase figurar á la gran duquesa Ca-

alina, hermana de Alejandro, viuda del duque de Oldenburgo, y que ejercía algun ascendiente por ser dama de actividad y buen ingenio. A las tuestas coronadas se agregaron los generales y los diplomáticos de la coalicion, impacientes por darse el parabien de sus triunfos militares ó políticos, unos llegados solamente á recibir elogios y á gozar de la comun victoria, otros llegados á tomar parte en el congreso á nombre de sus gobiernos respectivos, todos ganosos de galardones, de fiestas, de placeres, de novedades, y formando la más deslumbrante y bulliciosa reunion que se viera nunca. No faltaban allí mas que el infeliz rey de Sajonia, prisionero en Berlin por haber sido hallado el último en la alianza de Francia, y Maria Luisa, relegada al palacio de Schœnbrunn, en donde escuchaba con cierta especie de envidia el ruido de las fiestas, cuidadosa, no de juntarse en la isla de Elba á su esposo, sino de disputar con las dos casas borbónicas sobre su ducado de Parma, y dirigida en la vigilancia de sus intereses por Mr. de Neiperg, designado para acompañarla, oficial distinguido, mezclándose á la vez en cosas de guerra y de diplomacia, enterándola de todo aquello de que le interesaba tener noticia y comentando á ser para ella un consejero, un abogado, un amigo, en la profunda soledad á que se hallaba reducida.

Tras de dedicar algunos dias á diversiones de todas clases, á la frivolidad de las fiestas debía suceder la gravedad de los negocios, y nadie habia querido apresurar este momento. Diciéndose de continuo que importaba seguir acordes, no se habian explicado sobre nada, salvo algunos puntos que